

PROYECTO DE DECLARACION

La Honorable Cámara de Diputados de la Nación

DECLARA

Su más enérgico y categórico repudio al brutal ataque perpetrado por la Federación de Rusia contra el pueblo de Ucrania en la noche del 13 de noviembre, ataque deliberado contra infraestructuras civiles, zonas residenciales y población indefensa, que provocó la muerte de cuatro personas y dejó decenas de heridos, entre ellos niños y una mujer embarazada.

Asimismo, expresa su profunda preocupación por el empleo de misiles balísticos, aerobalísticos, drones suicidas y armamento avanzado, incluidos misiles Iskander y presuntamente Zircon, utilizados para intensificar un patrón de agresión sistemática que viola abiertamente el Derecho Internacional Humanitario.

Finalmente, exhorta a la comunidad internacional, a los gobiernos democráticos y a los organismos multilaterales a adoptar medidas concretas y efectivas para frenar la capacidad del régimen ruso de financiar y sostener su maquinaria de guerra, reafirmando el compromiso de la República Argentina con la paz justa, el orden internacional basado en reglas y la defensa ineludible de la libertad.

Firmante: Gerardo Milman

FUNDAMENTOS

Señor Presidente:

No es habitual que los estallidos de una guerra distante resuenen con tanta crudeza en la conciencia moral de esta Cámara. Pero lo ocurrido en la noche pasada en Ucrania no es simplemente un episodio bélico más: es un recordatorio brutal de lo que ocurre cuando un régimen autocrático, imperial y profundamente hostil a la libertad decide convertir la violencia en instrumento cotidiano de dominación. Rusia lanzó más de 430 drones, 18 misiles, y entre ellos armas de alta precisión como los Iskander y un posible Zircon, apuntando deliberadamente a Kyiv, Járkiv, Odesa y Sumy, es decir, a los corazones civiles de un país que lleva casi tres años resistiendo la agresión más flagrante que ha conocido Europa desde 1945.

Cayeron edificios residenciales. Murieron civiles, incluidos niños. Una mujer embarazada fue herida. Fragmentos de misiles alcanzaron incluso la Embajada de la República de Azerbaiyán. La violencia ya no reconoce fronteras físicas ni diplomáticas. Y este ataque tiene un elemento aún más inquietante: fue planificado para maximizar daño. No fue un error, no fue un impacto colateral. Fue un mensaje: que el régimen de Putin ha decidido hacer del terror un método, del miedo una estrategia y de la destrucción un lenguaje.

La historia universal de la libertad —como enseñó Friedrich Hayek en Camino de servidumbre— nos advierte que cuando el poder del Estado se emancipa de los límites morales y jurídicos, lo que sigue es inevitablemente una sucesión de atropellos que ya no respetan la dignidad humana. Lo que hoy ocurre en Ucrania no es más que la manifestación extrema de ese fenómeno: un Estado convertido en maquinaria coercitiva sin contrapesos, una estructura política que, en

clave hobbesiana, ha dejado de ser el Leviatán que protege para transformarse en el Leviatán que devora.

Pero analizar este ataque implica ir más allá del hecho puntual. Implica comprender que estamos ante un conflicto que pone a prueba la arquitectura misma del orden internacional liberal. Y por eso esta Cámara no puede, no debe, ni le corresponde permanecer en silencio.

I. La agresión como método: Rusia y el regreso del viejo imperialismo

Para entender lo que significa este ataque, conviene inscribirlo en una perspectiva más amplia. Quien crea que los hechos de la noche pasada son un accidente táctico o una improvisación militar, no comprende la esencia de este conflicto: Rusia actúa, desde febrero de 2022, en clave imperial. No se trata de una guerra territorial convencional; se trata de la reactivación de una lógica que ya creíamos extinta: la del expansionismo autocrático.

Como señala el historiador Timothy Snyder en *The Road to Unfreedom*, el proyecto político de Putin se basa en la restauración simbólica de un mundo que nunca existió del todo, un "Russkiy Mir" que fusiona nostalgia imperial, determinismo étnico y resentimiento geopolítico. Esta doctrina —en apariencia filosófica, en realidad profundamente militarista— legitima el uso de la violencia como forma de corregir lo que Moscú denomina "errores históricos", entre ellos la existencia de una Ucrania soberana.

Los ataques del 13 de noviembre son un paso más en esa escalada. Las cifras hablan por sí solas: 430 drones, 18 misiles, infraestructura energética bombardeada, zonas residenciales destruidas. Es terrorismo estatal en su versión moderna y tecnológica. No hay objetivo militar en un edificio habitado por niños. No hay justificación estratégica para

impactar sobre una embajada extranjera. Esto no es guerra: es terror político.

II. El dilema de nuestra era: libertad o despotismo

Lo que está en juego no es solo la integridad territorial de Ucrania. Lo que está en juego es la permanencia de un principio básico del sistema internacional: la soberanía de las naciones y la libertad de los pueblos. Es decir, la misma matriz que hace posible que países medianos o pequeños —como el nuestro— existan sin ser absorbidos por potencias más fuertes.

Cuando un país autoritario puede, sin consecuencias significativas, destruir ciudades, deportar niños, bombardear maternidades y atacar embajadas, estamos ante un riesgo existencial para el orden basado en normas.

Isaiah Berlin, en su célebre conferencia "Two Concepts of Liberty", advertía que las sociedades deben desconfiar siempre de aquellos regímenes que se erigen en portadores de una verdad absoluta, porque allí donde la libertad es vista como un obstáculo, la violencia se vuelve un derecho. Esa es la matriz del autoritarismo ruso.

La defensa de Ucrania, por tanto, no es un asunto local ni una opción moral: es una defensa del principio de libertad frente al proyecto político del despotismo.

III. Argentina y la responsabilidad moral de las democracias

Nuestro país, como democracia representativa, tiene una responsabilidad. No militar —no corresponde—, pero sí moral, diplomática y política. El silencio es complicidad. La equidistancia, en un conflicto entre agresor y agredido, es una forma de alineamiento pasivo con el agresor.

El ataque de la noche pasada, con su uso masivo de drones y misiles, muestra que la guerra ya no es un conflicto congelado ni un equilibrio estable. Es un conflicto en plena escalada. Rusia solo será contenida cuando el costo de su agresión se vuelva insostenible. Y eso requiere que el mundo libre tome decisiones reales, no meramente discursivas.

Las sociedades que aman la libertad —nos lo recuerda Karl Popper en *La sociedad abierta y sus enemigos*— no pueden ceder ante los métodos de quienes buscan destruirla. La defensa de Ucrania es parte de la defensa del mundo libre.

IV. Financiación de la guerra: el punto débil del autoritarismo ruso

El régimen ruso mantiene su maquinaria militar gracias a tres pilares: la exportación energética, el flujo financiero internacional y el comercio con países que, directa o indirectamente, sostienen su economía. Debilitar esos flujos es —como señala el propio Presidente ucraniano— una condición indispensable para frenar la agresión.

No basta con expresar solidaridad. Es necesario actuar. Y aunque nuestro país no posee herramientas directas para afectar la economía rusa, sí posee una herramienta simbólica poderosa: el posicionamiento político. Las declaraciones de esta Cámara no son meros gestos. Son mensajes hacia el cuerpo diplomático, hacia la comunidad internacional y hacia la opinión pública global.

V. Un precedente peligroso para América Latina

Sería ingenuo creer que este conflicto solo afecta a Europa. Afecta al mundo. Y, por ende, afecta a nuestra región.

Si el principio de integridad territorial puede ser vulnerado por la fuerza en Ucrania, ¿qué impide que mañana otras potencias, bajo otros pretextos, recurran al mismo mecanismo en cualquier otro continente? La historia de América Latina —desde las intervenciones en Centroamérica hasta la Guerra del Chaco— está plagada de momentos en los cuales las potencias intentaron modificar fronteras ajenas.

Por eso nuestro rol no es prescindente. Es estratégico. Defender a Ucrania es, en cierto modo, defendernos a nosotros mismos.

VI. La dimensión humana: el rostro del sufrimiento

Más allá de la teoría política, más allá del análisis geoestratégico, más allá de los libros, la guerra tiene un rostro. Una mujer embarazada herida por un misil que nunca debió haber sido lanzado. Niños atrapados entre escombros. Familias que despiertan sin saber si la próxima explosión caerá sobre ellas. Edificios reducidos a polvo.

La agresión rusa no es solo un atentado contra la paz; es un atentado contra la humanidad misma. Y allí donde la humanidad es vulnerada, el silencio es inadmisibile.

VII. Argentina en el lado correcto de la historia

A lo largo de nuestra tradición, la Argentina ha buscado —con aciertos y desaciertos— alinearse con los principios del derecho internacional, la autodeterminación de los pueblos y la solución pacífica de controversias. No podemos retroceder ahora, cuando uno de los principios fundantes del mundo libre está siendo atacado con drones y misiles.

Este proyecto de declaración coloca a nuestro país del lado correcto de la historia. Del lado de quienes defienden la vida, la libertad, la legalidad y la dignidad humana.

VIII. La libertad como brújula

Señor Presidente:

Hoy Ucrania resiste no solo por su tierra: resiste por todos los que creemos que la libertad no es negociable. Este ataque, con su violencia quirúrgica y su desprecio por la vida, nos interpela. Nos obliga a pronunciarnos. Nos exige decidir de qué lado estamos.

La filosofía de la libertad, desde Locke hasta Hayek, nos ha enseñado que la vida humana, la propiedad y la autonomía son valores sagrados que ningún Estado puede pisotear impunemente. Cuando un régimen —como el de Putin— hace del terror una herramienta, las democracias del mundo tienen el deber de actuar.

Por eso esta Cámara debe expresar su repudio, su solidaridad y su compromiso. No es una declaración diplomática más: es una afirmación moral. Es un testimonio. Es una línea trazada en la arena de la historia.

Porque, como escribió Albert Camus en El hombre rebelde, "el rebelde es el hombre que dice no", y en ese no afirma la dignidad de todos. Hoy, decir no al terror ruso es afirmar la dignidad de Ucrania, de la libertad y de la humanidad.

Por todo lo expuesto, solicito la aprobación del presente proyecto.

Firmante: Gerardo Milman.